

conversión de Pablo y en la segunda eran innumerables los fieles.

La gran Isla de *Chipre* había sido recorrida de parte a parte por San Pablo, quien se detuvo en ella y particularmente en Pafos y Salamina casi tres años. De la misma manera fueron recorridas por el apóstol y sus acompañantes, Pisidia, Licaonia, Capadocia, Frigia, Ponto, Galacia, Paflagonia, Bitinia, Tróade...

A *Europa* llegó el evangelio por Grecia y por el mismo apóstol de las gentes. Filipos y Tesalónica fueron las primeras en recibir la predicación y en ambas quedaron constituidas las dos Iglesias que habían de recibir asimismo sus primeras cartas. Luego Atenas, Corinto, Macedonia...

En la *capital del Imperio* fueron, a lo que parece, los judíos de la colonia convertidos en Jerusalén los que introdujeron la fe: creció tan rápidamente que ya en los tiempos de Nerón nos habla el historiador romano Tácito de «ingens multitudo», de una muchedumbre ingente de cristianos sacrificados por este monstruo Emperador, con los suplicios más refinados.

Además de *Roma*, sabemos que existían otras cristiandades en Italia, especialmente la de Putéolos, que recibió con tanto agasajo a Pablo a su paso por ella.

A *España* trajo el evangelio el mismo apóstol y, siguiendo la tradición, antes que él, otro apóstol no menos ilustre, el hijo del trueno, Santiago el Mayor, quien pasó un año en los confines hespéridos.

En *Africa*, finalmente, aparecen cristiandades en las ciudades más principales ya a los comienzos del segundo siglo.

En resumen:

Aun antes de la muerte del último de los apóstoles, San Juan, esto es, en el lapso de poco más de cincuenta años, puede muy bien decirse que la religión cristiana se había extendido por casi todo el inmenso territorio abarcado por el imperio romano, en especial en el Oriente.

Había sido la mayor conquista espiritual que jamás pudiera ambicionar ninguna institución humana, y dadas las inmensas dificultades superadas, el mayor éxito de la Historia.

¿Quiénes fueron los hombres gigantes que lo alcanzaron?

Nadie pudiera sospecharlo. Unos cuantos pescadores, rudos y sin letras, sin elocuencia, inermes, en la situación de corderos en medio de lobos, perseguidos sañudamente por casi todos los poderosos del mundo... El hecho es inexplicable en la Filosofía de la Historia, un verdadero milagro.

Para dar razón de él es preciso levantar los ojos por encima de las causas meramente humanas y acudir a fuerzas y

leyes superiores con las que no suele contar la Historia de los hombres.

Cristo había prometido a sus Apóstoles que no les dejaría huérfanos y solos, que estaría con ellos hasta la consumación de los siglos... y ésta es la única explicación. La ayuda de Jesús fué la que realizó el prodigio. Ella transformó en otros hombres a los Apóstoles, antes medrosos y cobardes, y los convirtió en héroes sin segundo, de temple de acero capaz de enfrentarse con los poderes de la tierra y vencerlos. Ella iluminó sus mentes con sabiduría y elocuencia inexplicables en rudos e ignorantes pescadores; ella allanó y superó los obstáculos, rebatió los poderes del infierno, el demonio y sus secuaces, hasta coronar la empresa.

### Nombres y campo de Apostolado

Consignemos siquiera sus nombres.

Los denominados Apóstoles propiamente fueron los elegidos directa y personalmente por el mismo Salvador: los doce, como dice frecuentemente el Evangelio. San Mateo los consigna con el siguiente orden:

«El primero Simón apellidado Pedro y Andrés su hermano; Santiago el de Zebedeo y Juan su hermano; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el Publicano; Santiago el de Alfeo y Tadeo; Simón el Celador y Judas Iscariote que le traicionó» (Mat. X, 2 s.).

El número de doce debió ser para los apóstoles algo sagrado, cuando una de las primeras providencias después de la Ascensión fué la de nombrar un sustituto al prevaricador Judas.

«En aquellos días, nos refieren los Actos (I, 15 s.), se levantó Pedro en medio de los hermanos que eran en conjunto unos ciento veinte y dijo: Hermanos, era preciso que se cumpliese la escritura que por boca de Daniel había predicho el Espíritu Santo acerca de Judas que fué guía de los que prendieron a Jesús; y era contado entre nosotros... Ahora, pues, conviene que de entre todos los varones que nos han acompañado en todo el tiempo en que vivió entre nosotros el Señor Jesús, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que fué tomado de entre nosotros, uno de ellos sea testigo de su resurrección. Y fueron presentados dos: José por sobrenombre Bársaba llamado Justo y Matías. Y orando dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones, muestra a cuál de estos dos escoges para ocupar el lugar de este ministerio y apostolado de que prevaricó Judas para ir a su lugar. Y echaron suertes sobre ellos y cayó la suerte sobre Matías que quedó agregado a los doce apóstoles» (Act. I, 18 s.).

El simbólico número fué incrementado después por la agregación del que puede ser llamado el apóstol por excelencia,

Pablo, elegido personalmente también por Cristo, como él mismo repetidas veces lo consigna.

«Pablo por la voluntad de Dios llamado a ser apóstol de Cristo Jesús», dice de sí en su segunda Carta a los Corintios: y a los gálatas:

«Pablo apóstol no de parte de los hombres sino por Jesucristo y por Dios Padre que le resucitó de entre los muertos.»

Otros recibieron también, aunque en sentido más lato, tan apreciada denominación y con todo merecimiento, pues cumplieron con gloria la misión de éstos contribuyendo eficaz y laboriosamente a la sobrenatural empresa. Tales fueron en general, los discípulos que presenciaron la Ascensión del Señor a los cielos y perseveraron en la fracción del pan, en el Cénaculo y fueron llenos juntamente con los once del Espíritu Santo el día de Pentecostés y algunos otros: a saber: los siete Diáconos con el invicto Protomártir Esteban a la cabeza: *Lucas*, médico antioqueno, redactor del tercer evangelio y de los *Hechos*; *Marcos*, autor del segundo evangelio; *Bernabé*, el justo, chipriota, y *Silas*, compañeros de Pablo; *Tito* y *Timoteo*, grandes conquistas del mismo.

Todos ellos y otros cuyos nombres no se consignan expresamente, son sagrados en los Anales del Cristianismo. Fueron los sembradores abnegados de la fe, que entregaron sus almas al evangelio y que en compañía de los primeros realizaron la obra cumbre de la humanidad, la conversión del mundo e implantación de la Iglesia.

## El campo de operaciones

¿En dónde trabajaron?

De varios de ellos ya queda consignado en las anteriores páginas; de otros, los más principales y de cuya actuación han llegado documentos ciertos hasta nosotros, diremos en capítulos aparte; de los restantes apenas tenemos noticias ciertas.

Según la tradición, se repartieron entre sí el mundo conocido para evangelizarlo.

A *Santo Tomás* nos dice Eusebio que se confió el país de los partos y según San Jerónimo también la Persia. Rufino nos refiere que fué enterrado en Edesa y de su sepulcro hace mención San Juan Crisóstomo como uno de los pocos que se conocen de los Apóstoles. Según otra tradición fué la India el cam-

po de la predicación de este Apóstol y el lugar de su martirio, pero quizás haya que entender por este nombre las regiones situadas más allá de las fronteras orientales y meridionales del imperio romano, regiones a las que se denominaba con el vago nombre de India. El Martirologio romano dice de él que fué traspasado a lanzadas por orden de un rey perseguidor y su cuerpo transportado de allí a Edesa.

Mayor incertidumbre aún existe respecto a las naciones que evangelizó *San Mateo*.

Clemente de Alejandría nos dice que después de haber predicado el evangelio a los hebreos durante más de quince años se fué a convertir a los paganos. San Gregorio el Grande y el historiador Sócrates especifican más la región afirmando que fué Etiopía, tradición aceptada por el martirologio romano.

Sobre *San Matías* nos dice una tradición muy vaga y poco segura que murió apedreado en Judea por los judíos, si bien otra más verosímil enseña que predicó en Etiopía, en donde padeció el martirio.

*San Bartolomé* fué, según la opinión aceptada por el Breviario Romano, el apóstol de Armenia, y en ella desollado vivo y crucificado por orden de Astiages, a cuyo hermano Polimio, rey de Armenia, había convertido.

A *San Simón y Judas*, ambos llamados hermanos del Señor, les asigna el Breviario la misión de Mesopotamia, en donde murieron martirizados.

*San Andrés* se encaminó a la misteriosa Escitia, al norte del Ponto Euxino, del Don y del Danubio, en donde desaparece en la noche del mundo bárbaro, iniciando sin ruido en la fe cristiana las provincias meridionales de Rusia. Cumplida allí su misión entra por Grecia en el mundo grecorromano para descender a través de Macedonia y el Epiro hasta Acaya.

Encarcelado y condenado a muerte en el centro de Grecia, en Patras de Acaya, cerca del Golfo de Lepanto, Andrés vió levantarse delante de sí la cruz que se le había preparado para su muerte. Al divisarla la saludó y requebró con palabras enternecedoras que la Iglesia ha puesto en su liturgia:

«¡Oh cruz amable, oh cruz ardientemente deseada! Nunca me separaré de ti a fin de que aquel que por ti me rescató muriendo en tus brazos me reciba en ti y me posea eternamente en su amor» (1).

---

(1) Para todas estas citas Cfr. *Historia General de la Iglesia*, por F. MOURRET, vers. esp., tom. I.

## Héroes anónimos

¡Cosa lamentable, como se ha comentado muchas veces! La Historia, que tantas cosas inútiles y aun indignas de memoria nos conserva, apenas tiene un recuerdo para aquellos grandes héroes que cambiaron la faz del mundo y realizaron en él la más grande metamorfosis.

Son verdaderos anónimos. Sus sacrificios inmensos, sus gestas dignas de ser contadas en epopeyas, sólo Dios las sabe: No importa, sin embargo; escritas quedan en el libro de la vida.

Sabemos que todos ellos se mostraron fieles a su vocación y recorrieron una carrera de gigantes; ni uno solo se desmintió a sí mismo entre las mil contrariedades que les cerraban el camino: Desafiaron y vencieron todos los obstáculos y llenos de fe y de esperanza, encendidos de un inmenso amor a Dios y de una caridad sin medida hacia los hombres, ninguno se mostró débil ante los peligros del mar y de la tierra: ninguno flaqueó en las cárceles o cadenas o en presencia de los jueces, de los tormentos, del fuego, de las hachas, de las cruces. Y lo que no es menos maravilloso, comunicaron esta incommovible firmeza a sus discípulos y éstos a los suyos de modo que el evangelio se propagó por el mundo y siguió propagándose a través de las edades en todas las Provincias, ciudades, sexos y condiciones.



## XI

### LOS APOSTOLES Y SU OBRA (II)

**El príncipe de los Apóstoles. — Su vocación y carácter. — Jefe supremo de la Iglesia. — Su martirio.**

San Pedro fué el discípulo más distinguido de Jesús, el primero indiscutiblemente aun en la tríada de los que podríamos llamar preferidos del Maestro.

Su mismo llamamiento al apostolado, sencillo y evocador, parece denotar ya los altos designios que sobre él había formado el gran Profeta. San Juan nos lo describe con todos los pormenores.

«Al día siguiente, otra vez estaba allí Juan con dos de sus discípulos y fijando la vista en Jesús que pasaba, dijo: he ahí el Cordero de Dios. Los dos discípulos que le oyeron siguieron a Jesús, el cual vuelto a ellos y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Dijéronle ellos: Rabbi, que quiere decir Maestro, ¿dónde moras? Venid y ved, les respondió. Fueron, pues, y vieron dónde moraba y permanecieron con él aquel día. Sería como la hora décima. Era Andrés, uno de los que oyeron a Juan y le siguieron. Encontró él luego a su hermano Simón y le dijo: Hemos encontrado al Mesías que quiere decir el Cristo y le condujo a Jesús. Este mirándole le dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado Cefas que quiere decir piedra o Pedro» (Jn. I, 35 s.).

#### **Carácter del Apóstol**

¿A qué se debió la preferencia del Salvador por San Pedro? Aparte de otros motivos secretos que pudiera tener en su providencia, podemos asegurar que lo distinguió el Maestro, a causa de las preclaras dotes de carácter y bellas cualidades que le adornaban. Pedro era sencillo y afable, ponderado y sincero, al par que dinámico y emprendedor, de recto juicio y gran corazón. Por otra parte, era el discípulo que más fuerte y entrañablemente le amaba.

El Evangelio está lleno de rasgos inconfundibles suyos.

Era el día de la transfiguración. Sobre la cumbre del monte



Los Apóstoles San Pedro y San Pablo  
(El Greco, Museo de Barcelona)

aparece repentinamente Jesús como una visión de belleza. Su rostro se vuelve blanco y esplendente y sus vestidos de un candor extremado como la nieve. Al uno y al otro lado, los dos más conspicuos personajes del Antiguo Testamento, Elías y Moisés. Los tres Apóstoles a quienes ha llevado Jesús consigo para hacerles testigos de su gloria, despiertan en lo más grandioso de la escena y ven el maravilloso espectáculo. Es un momento de cielo; todos están fuera de sí y contemplan extáticos y gozosos. Especialmente a Pedro le entusiasma la gloria del Maestro y ya no es dueño de sí. Mientras los otros admiran enmudecidos de asombro, a él le da audacia el amor y exclama en medio del respeto sagrado y solemnidad del momento:

«¡Señor, qué bien se está aquí! Hagamos tres tabernáculos: uno para ti, otro para Elías y otro para Moisés y estémonos aquí eternamente» (Luc. IX).

Otro episodio revelador.

El gran Profeta caminaba hacia el huerto de Getsemaní con el corazón oprimido, y dice desahogando su pecho:

«Todos vosotros os escandalizaréis en mí en esta noche porque escrito está: heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas.»

Todos protestan de semejantes palabras mostrándole fidelidad y amor, pero Pedro se distingue entre todos: Dirigiéndose a Cristo y clavando en él la ardiente mirada, le dice con energía: Señor, ninguno te abandonará, pero has de saber que aunque todos lo hicieran yo jamás he de abandonarte. Pedro hablaba lo que sentía: estaba dispuesto a todo por Jesús. Cristo le recalca su afirmación primera, pero él *amplius loquebatur*, se afirmaba más y más:

«Aunque fuere necesario morir contigo yo jamás te negaré.»

En la misma noche y en idéntico lugar. Ha llegado el instante del prendimiento y se abalanzan sobre Jesús para prenderle: Pedro se siente alarmado y quiere defender a Cristo: jamás permitirá que pongan la mano sobre él. Saca, pues, la espada en su defensa y hiere al primer osado que se acerca a prenderle...

Y junto al mar de Tiberíades:

Después de esto, dice San Juan, se apareció Jesús a los discípulos junto al mar de Tiberíades y se apareció así: Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo; Natanael el de Caná de Galilea y los del Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Díjoles Simón Pedro: Voy a pescar: los otros le dijeron: vamos también contigo nosotros. Salieron y entraron en la barca y en aquella noche no cogieron nada. Llegada ya la mañana se hallaba Jesús en



la playa: sin embargo los discípulos no lo conocieron. Díjoles, pues, Jesús: ¿Muchachos: no tenéis nada que comer? Le respondieron negativamente. El les dijo: echad la red a la derecha de la barca... y ya no podían arrastrarla por la muchedumbre de los peces cogidos. Dijo a Pedro, aquel discípulo a quien amaba Jesús ¡es el Señor! Así que lo oyó Simón se ciñó su túnica, pues estaba desnudo, y se arrojó al mar para ir antes a él» (Jn. XXI, 1. s.).

### Jefe supremo de la Iglesia

Es, sin duda, su más excelsa prerrogativa. San Pedro fué designado por Cristo jefe de su Iglesia, sucesor y representante suyo en la tierra.

Estaba un día el Maestro en los términos de Cesárea de Filipos y preguntó a sus discípulos:

«¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? Ellos contestaron: unos que Juan el Bautista, otros Elías, otros Jeremías u otro de los Profetas. ¿Y vosotros quién decís que soy yo? Tomando la palabra Pedro le dijo: Tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Bienaventurado eres Simón hijo de Jonás, le respondió Jesús, pues no es la carne ni la sangre la que te ha revelado eso sino mi Padre que está en los cielos: Y yo te digo a ti: tú eres Pedro y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos» (Mt. XVI, 13, s.).

Por las palabras: «El reino de los cielos» entiende aquí el Salvador, como en otros sitios, la Iglesia, el reino mesiánico que vino a fundar en la tierra.

Cristo destina, por tanto, a Pedro a ser fundamento de su Iglesia, la roca granítica sobre la que había de edificarse toda ella.

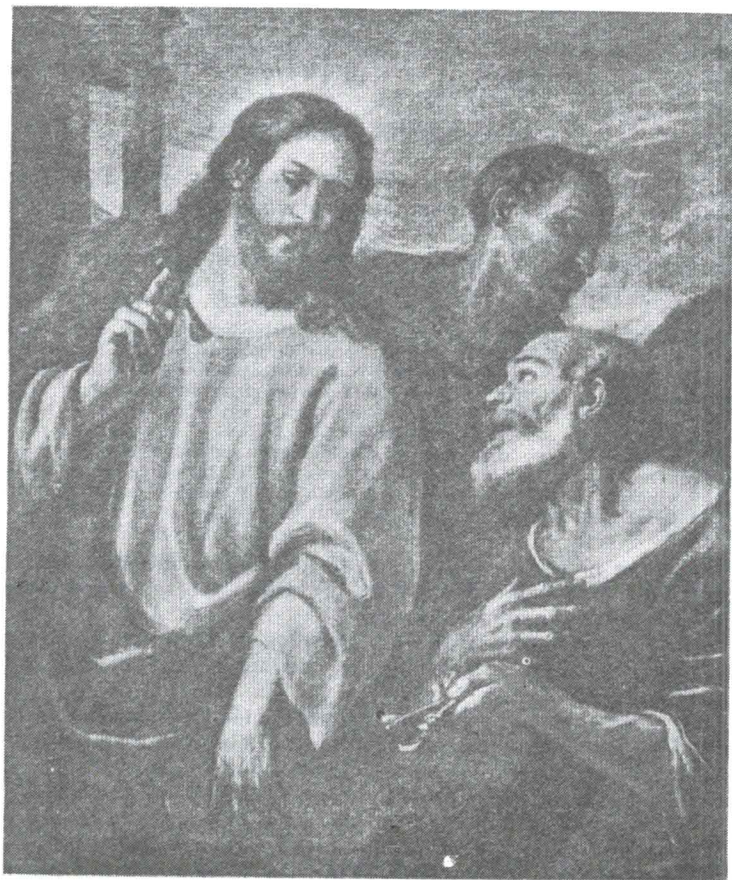
Le da la investidura de la misma haciéndole suprema autoridad y dándole todas sus facultades: el poder real y legislativo.

A la Promesa del Primado correspondió la solemne entrega.

Era la mañana del día de la pesca milagrosa. Jesús ya resucitado está entre los apóstoles junto a la orilla y delante de la red llena de peces.

«Después que hubieron comido, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón hijo de Juan ¿me amas más que éstos? El le dijo: Sí; Señor: tú sabes que te amo.

Díjole: apacienta mis corderos. Por segunda vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dijo: apacienta mis corderos. Por tercera vez le dijo, Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se puso triste de que por tercera vez le preguntase ¿me amas? y le dijo: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo: díjole Jesús: apacienta mis ovejas» (Jn. XXI, 15-19).



Jesús entrega las llaves de su Iglesia al Apóstol S. Pedro  
(Siglo XVII, Catedral de Murcia)

Con el nombre de ovejas y corderos significaba Cristo a toda su grey, la Iglesia, tanto a las autoridades como a los súbditos. A todos los ponía, pues, bajo su mando y a todos le encargaba apacentar.

### Después de Pentecostés

La actuación de Pedro, o su obra de apostolado propiamente dicha, desde el día de Pentecostés, la hemos podido apreciar ya en los capítulos precedentes.

El lleva la iniciativa en todo en los comienzos de la Iglesia. Los evangelios ponen invariablemente su nombre en cabeza, en las recensiones de los doce. El propone la elección del que había de sustituir al traidor Judas; él arenga a la muchedumbre el día de Pentecostés y en el templo con ocasión de la curación del tullido; él se encara con el Sanedrín cuando es conducido juntamente con Juan para dar cuenta de sus actividades y de toda la nueva secta.

Encarcelado y azotado no desiste de predicar. El *non possumus* lanzado a la cara del Sanedrín, «*hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*», es la síntesis de su conducta y de su apostolado subsiguiente. Valiente y decidido no teme a nadie ni a nada. Se siente impelido por una fuerza divina a predicar el evangelio y no puede ceder en la empresa.

Los *Hechos de los Apóstoles* nos lo muestran primero en Jerusalén ejerciendo el ministerio de la palabra y de la caridad y estableciendo la organización de la naciente Iglesia. Después rebasa las fronteras de Israel y lo vemos en Samaria, en Lida y en Jope. Su paso por estos sitios va acompañado de los grandes prodigios ya narrados de la curación del paralítico Eneas y de la resurrección de Tabita, y por la conversión del Centurión Cornelio.

Vuelto a Jerusalén preside el Concilio apostólico y es encarcelado para la muerte por el rey Herodes Agripa. Liberado de las garras del tirano por la intervención del ángel, nos vuelven a decir los *Hechos* que marchó a otro lugar.

¿A dónde?

Incierto queda todavía, pero desde luego se trata de una salida de Jerusalén y aun de Palestina, a un sitio muy lejano, quizás a la gentilidad. ¿A Antioquía? ¿A Roma?

Es cierto que estuvo en ambas el Príncipe de los Apóstoles. La Iglesia celebra en su liturgia la Cátedra de San Pedro en Antioquía y respecto de la ciudad eterna, afirma el historiador Eusebio, apoyándose en Clemente alejandrino y en Papías, que

el Apóstol predicó el evangelio en la capital del imperio; San Clemente Romano y San Ignacio Mártir lo insinúan y San Ireneo asegura que el Príncipe de los Apóstoles fundó la Iglesia de Roma. La cronología es, sin embargo, incierta. Parece que hacia el año 63 ó 64 escribió ya desde la ciudad eterna su primera carta a las Iglesias del Asia Menor, y el 67 la segunda.

Parece también seguro que la estancia de San Pedro en Roma coincidió con la primera gran persecución cristiana desencadenada por Nerón. Fueron aquellos días terroríficos y de prueba para la naciente Iglesia y cuenta una tradición antigua que amedrentado el Santo Apóstol por la violencia del huracán se dispuso a abandonar la ciudad pagana inundada en sangre. Ya lo ponía en práctica cuando el mismo Redentor le salió a su encuentro en la huida, cargado con su cruz. — «¿A dónde vas, Señor?», le dijo el fugitivo discípulo. — «Voy a Roma», le contestó, «para ser de nuevo crucificado en ella.»

La tradición podrá ser una leyenda meramente, pero es, sin duda significativa y bella. El Salvador señalaba al Príncipe de los Apóstoles su sitio de honor en Roma, del cual no podía desertar en aquellos momentos en que más que nunca necesitaba su grey, en días de tribulación, ser alentada y confirmada con el ejemplo y la palabra del pastor.

Estaba también de por medio la Providencia. Pedro era ya anciano. Se acercaba la hora en que, según la predicción del Maestro «otro había de ceñirle y llevarle a donde él no quería». Debía glorificar a Cristo en la muerte como lo hiciera con la predicación e incansable trabajo durante la vida; pero aquélla había de acaecer en Roma, en la Capital del Mundo, escogida en los designios de Dios para sede de su Iglesia. Roma, heredera de su sepulcro, lo sería también de su autoridad suprema y universal en sus sucesores, constituyendo así el centro de unidad y de mando del reino de Cristo sobre la tierra.

## El Martirio

Y llegamos al punto culminante de la vida del Apóstol.

Cristo le había llevado a la capital del mundo no sólo para que predicara en ella el evangelio y fundara aquella Iglesia que por él había de ser la primera de toda la cristiandad y sede del Papado, sino también para que la ilustrara con la púrpura de su sangre.

El hecho tuvo lugar probablemente el año 67 de nuestra era, el 14 del reinado de Nerón, y si es cierta la afirmación de San Jerónimo, el 29 de junio,





El martirio de San Pedro

(A. Van Dyck)

Se nos habla también del lugar de su prisión: la cárcel mamertina al pie del Capitolio. El instrumento, el más apreciado, sin duda y deseado de él: el mismo del Maestro, el suplicio de la cruz.

Nos añade, sin embargo, la tradición de que se hacen eco los Padres, especialmente Tertuliano y Orígenes, San Jerónimo y otros, un emotivo y tierno episodio. El Apóstol sintióse indigno de morir como el divino Salvador y pidió humildemente y obtuvo ser crucificado cabeza abajo.

Hermoso rasgo de veneración a Cristo y término glorioso de una vida consagrada del todo a su gloria y propagación de su reino.

El lugar del suplicio, siguiendo también la tradición, fué el Circo Máximo de Nerón y junto al obelisco, en el medio: *inter duas metas*.

Su sagrado cuerpo fué inhumado por los cristianos cerca del lugar del suplicio, pero más tarde, hacia el año 258, en los tiempos de la gran persecución de Valeriano, trasladado a la Catacumba de San Sebastián, en la Vía Apia, a pocos kilómetros de los muros de Roma, hasta que nuevamente exhumados por el Emperador Constantino, fueron restituidos al lugar de su tumba primitiva. Sobre ella construyó el piadoso Emperador una suntuosa Basílica en memoria suya, la que desaparecida, dió lugar, en el siglo quince, al grandioso templo actual trazado por Miguel Angel y convertido en la verdadera Catedral del mundo.

## XII

### LOS APOSTOLES Y SU OBRA (III)

**Pablo** heraldo de Jesucristo. — Su corazón e inteligencia. — Dinamismo Apostólico. Prisiones en Roma y martirio.

San Pablo es uno de los hombres más extraordinarios que han existido. Un gran genio en la naturaleza realzado y sublimado por la gracia.

Tres cualidades vemos sobresalir en él, especialmente: una grande inteligencia, un corazón todo ternura y un dinamismo avasallador.

#### La Inteligencia

La muestra poderosa y exuberante el Doctor de las gentes en toda su vida y obra, pero nosotros la vemos brillar particularmente en sus incomparables cartas. Estas son catorce en conjunto, dirigidas a las distintas cristiandades o Iglesias, casi todas por él fundadas. Dos a los *tesalonicenses*, dos a los de *Corinto*, una a los *gálatas*, otra a los *romanos*, una a los de *Filipos*, de *Efeso*, de *Colosos*, a *Filamón*, dos a *Timoteo*, una a *Tito* y otra a los *hebreos*.

En todas ellas aparece como el gran teólogo iluminado del Cristianismo. Nadie ha hablado tan original y tan profundamente como él acerca de los misterios de Dios y de su Hijo Jesucristo; de la redención, de la gracia y el pecado; de la ley mosaica y de la nueva libertad de hijos de Dios; de la Iglesia, de la justicia, de la caridad. Todo ese magnífico conjunto pasa por su mente con arrebatos y vislumbres de genio y de vidente. «Su estilo, dice un autor contemporáneo, a primera vista nos desconcierta, su pensamiento nos deslumbra, su lógica confunde nuestra lógica mesurada, prudente, fría, acostumbrada a pasar de un concepto conocido a otro concepto conocido. Él piensa a manera de explosión. Es incapaz de circunscribirse:

cada pensamiento, cada palabra suya irradia una luz, que se amplía, que se aleja, indefinidamente» (1).

No es extraño que a las veces aparezca obscuro y aun ininteligible. San Juan Crisóstomo, uno de los que con mayor asiduidad y cariño lo ha estudiado, llegó a decir que lo entendía menos cuanto más lo meditaba y San Pedro confiesa ingenuamente: «En los escritos de Pablo, nuestro hermano carísimo, hay cosas difíciles de entender.» En frase del autor antes citado es «la obscuridad de la mina que encierra grandes tesoros».

No menos grande fué su *corazón*.

Dijo de sí él mismo que «su vida era Cristo». Porque vivía en él y para él; podemos también afirmar nosotros que vivía en los demás y para los demás. Sus alegrías y, sobre todo, sus tristezas, eran las de los fieles. A los de Corinto les dice:

«¿Quién desfallece que no desfallezca yo?, ¿quién se escandaliza que yo no me abraze?» (II, Cor. XI, 29 s.).

A los gálatas escribe: «Hijitos míos por quienes siento nuevamente dolores de parto, ¿quién me diera estar cerca de vosotros en esta hora?» (Gál. IV, 19 s.). «Me alegro, sí, me alegro con vosotros, alegraos también vosotros y regocijaos conmigo.»

Y a los Corintios: «Os abrimos, oh Corintios, nuestra boca ensanchamos nuestro corazón; no estáis al estrecho en nosotros, estáis en nuestras entrañas: pues para corresponder de igual modo, como a hijos os hablo; ensanchaos también vosotros» (II, Cor. VI, 11 s.). Y algo más abajo: «Acogednos en vuestros corazones: a nadie hemos agraviado; a nadie hemos perjudicado, a nadie hemos explotado. No os lo digo para condenaros, que ya antes os he dicho cuán dentro de nuestro corazón estáis para vida y para muerte. Tengo mucha confianza en vosotros, estoy lleno de consuelo, abundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (c. VII).

Si a todos amaba Pablo entrañablemente, guardaba los más exquisitos perfumes de su caridad sincera para los suyos, sus colaboradores en el apostolado. Los epítetos con que los nombra parecen a las veces hasta excesivos: a *Timoteo* le llama «hijo de sus entrañas»; a *Lucas* «médico carísimo»; a *Onésimo* «su hijito».

Ni se olvida del pueblo judío a pesar de los increíbles sufrimientos y persecuciones de que le hicieron objeto; por el contrario, su incredulidad y apostasía le llega al alma. En la carta a los romanos dice:

«Os digo la verdad en Cristo; no miento y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo, que siento una gran tristeza y un dolor conti-

---

(1) S. Pablo Apóstol de las gentes, por FR. JUSTO PÉREZ DE URBEL, Madrid, 1940, cap. 28.





San Pablo escribiendo una de sus admirables epístolas (*Rembrandt*)

nuo en mi corazón porque desearía yo mismo ser anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas, cuya es la adopción y la gloria y la alianza y la legislación y el culto y las promesas; cuyos son los Patriarcas y de quienes, según la carne, procede Cristo que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos» (Rom. IX).

## Dinamismo Apostólico

Esta es, a pesar de todo lo dicho, la característica indiscutible de Pablo.

Asombra lo que aquel hombre, a pesar de su natural poco fuerte y aun enfermizo, trabajó y sufrió por el evangelio. Desde la fecha de su conversión el 33 ó el 34 de la era cristiana, hasta su muerte, acaecida probablemente el 67, van más de 30 años de apostolado. En ellos no se dió punto de reposo. Siguiendo su vocación de Apóstol de los gentiles fué a ellos con todo el afán e ímpetu de un ambicioso conquistador. Conquistador, sí; ansió conquistar el mundo para Cristo y no perdonó para ello ni a la carne ni a la sangre; más aún, sentía el acuciamiento, el deber apremiante e ineludible de ello. «¡Ay de mí, si no evangelizare!»

Después de los trascendentales acontecimientos de la conversión nos refieren los *Hechos* (IX, 19) que pasó unos días con los discípulos en Damasco y que luego inmediatamente empezó a predicar en las sinagogas en medio de la mayor estupefacción de cuantos antes le conocieron:

«Saulo cobraba cada día más fuerzas y confundía a los judíos de Damasco demostrándoles que Cristo era el Mesías.»

No podían éstos permanecer impasibles e inactivos y efectivamente pronto reaccionaron. Recobrados de su primera sorpresa y furiosos por la contundente oratoria del tráfuga del farisaísmo, determinaron, incluso, quitarle del medio y al efecto espían la ocasión propicia para apoderarse de él y consumir sus criminales intentos: hasta guardaban de día y de noche las puertas de la ciudad para que no huyese y escapase de sus manos. Apercebidos los fieles le salvaron descolgándole en una espuerta durante la noche por la muralla.

Pablo marchó entonces a Arabia, en donde permaneció cosa de un año. Era el retiro a que le llamaba el espíritu de Jesús y que había de ser como el noviciado del Apóstol. Allí templó sus armas y recibió soberanas ilustraciones sobre los misterios de Cristo, de la redención y economía de la gracia. Luego, vuelta de nuevo al campo de batalla, a Damasco, donde prosiguió su incansable propaganda.

A los tres años de su conversión, sabemos por su propio testimonio que pasó a Jerusalén, en la que permaneció quince días con Pedro (Gal. I, 18).

Tampoco aquí descansó el fogoso misionero.

«Estaba con los discípulos, dice el texto, yendo y viniendo dentro de Jerusalén predicando con valor el nombre del Señor.»

Quieren matarle aquí también, pero percatados de ello los hermasos, le envían a Cesárea y de allí a Tarso, su ciudad natal que convierte en centro de apostolado unos meses, hasta que, reclamado por Bernabé, pasa con él a Antioquía.

### Los Viajes Apostólicos

Constituyen la cumbre del heroísmo de este portentoso misionero y quedarán grabados con letras de oro en los anales de la naciente Iglesia, como gestas inauditas.

Fueron tres y en ellos recorrió a pie generalmente casi toda el Asia Menor: Asiria, Cilicia, Capadocia, el Ponto, Pisdia, Galacia, Frigia y aun parte de Europa mediterránea, Grecia con sus islas, Italia y España...

Los trabajos y sufrimientos que tuvo que soportar fueron increíbles. El mismo Apóstol enumera algunos de ellos en su carta a los Corintios (XI, 23-28):

«En muchos trabajos, dice: en muchas prisiones, en muchos azotes, en peligros frecuentes de muerte. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno: Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces sufrí naufragio estando un día y una noche en los abismos del mar: muchas veces en viajes me ví en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros en los falsos hermanos, peligros y miserias en prolongadas viglias, en hambre y en sed, en ayunos frecuentes, en frío y en desnudez...»

¡Treinta años en viajes continuos sin darse tregua ni reposo, predicando incansable y fundando Iglesias, innumerables cristiandades, primicias de la conversión del mundo! ¡Una extensión mayor que media Europa recorrida a pie y cruzada varias veces, teniendo que trabajar, frecuentemente para ganarse el alimento, escribiendo por las noches en los míseros parajes en que se hospedaba, a la pálida luz de alguna vela, las admirables cartas que dirigió a sus neófitos!

Creemos que nada mejor podrá darnos idea del carácter del apostolado de Pablo que la copia de algunas páginas del

libro de los *Hechos*. Ellas serán, al mismo tiempo, una prueba fehaciente de su autenticidad. Narraciones como éstas no pueden ser inventadas.

## Iconio y Listra

«Estando ya en Iconio, entraron juntos en la Sinagoga de los judíos, y hablaron en tales términos, que se convirtió una gran multitud de judíos y de griegos. Pero los judíos que se mantuvieron incrédulos, conmovieron y provocaron a ira los ánimos de los gentiles contra los hermanos. Sin embargo, se detuvieron allí mucho tiempo, trabajando llenos de confianza en el Señor, que confirmaba la palabra de su gracia con los prodigios y milagros que hacía por sus manos.

De suerte que la ciudad estaba dividida en dos bandos: unos estaban por los judíos, y otros por los Apóstoles. Pero habiéndose amotinado los gentiles y judíos con sus jefes para ultrajar a los Apóstoles y apedrearlos, ellos, sabiendo esto, se marcharon a Listra, y Derbe, ciudades también de Licaonia, recorriendo toda la comarca, y predicando el Evangelio.

Había en Listra un hombre cojo desde su nacimiento, que por la debilidad de las piernas estaba sentado, y no había andado en su vida. Este oyó predicar a Pablo, el cual, fijando en él los ojos, y viendo que tenía fe de que sería curado, le dijo en alta voz: Levántate y mantente derecho sobre tus pies. Y al instante saltó en pie, y echó a andar. *Las gentes, viendo* lo que Pablo acababa de hacer, levantaron el grito, diciendo en su idioma licaónico: Dioses son éstos que han bajado a nosotros en figuras de hombres. Y daban a Bernabé el nombre de Júpiter, y a Pablo el de Mercurio: por cuanto era el que llevaba la palabra. Además de eso, el sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba al entrar en la ciudad, trayendo toros adornados con guirnaldas delante de la puerta, intentaba, seguido del pueblo, ofrecerles sacrificios. Lo cual, apenas entendieron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgando sus vestiduras rompieron por medio del gentío, clamando: y diciendo: Hombres, ¿qué es lo que hacéis?: también somos nosotros de la misma manera que vosotros, hombres mortales que venimos a predicaros que, dejadas esas vanas deidades, os convirtáis al Dios vivo, que ha criado el cielo, la tierra, el mar, y todo cuanto en ellos se contiene: que si bien en los tiempos pasados permitió que las naciones echasen cada cual por su camino no dejó con todo de dar testimonio de quién era, haciendo beneficios desde el cielo, enviando lluvias y los buenos temporales para los frutos, dándonos abundancia de manjares, y llenando de alegría nuestros corazones. Aun diciendo tales cosas, con dificultad pudieron recabar del pueblo que no les ofreciese sacrificios.

Después sobrevinieron de Antioquía y de Iconio ciertos judíos: y habiendo ganado al populacho, apedrearon a Pablo, y le sacaron arrastrando fuera de la ciudad, dándole por muerto. Mas amontonándose alrededor de él los discípulos, levantóse *curado milagrosamente*, y entró en la ciudad, y al día siguiente marchó con Bernabé a Derbe.

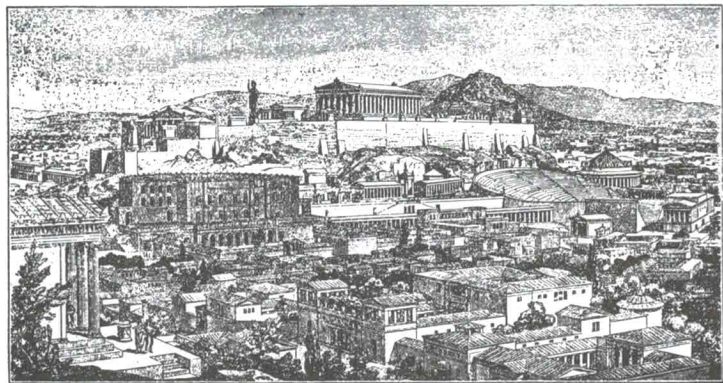
Y habiendo predicado en esta ciudad el Evangelio, e instruido a muchos volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, para corroborar los ánimos de los discípulos y exhortarlos a perseverar en la fe: haciéndoles entender que es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones, para entrar en el reino de Dios. En seguida, habiendo ordenado sacerdotes en cada una de las iglesias, después de oraciones y ayunos, los encomendaron al Señor, en quien habían creído.



## En Atenas

Los que acompañaban a Pablo le condujeron hasta la ciudad de Atenas, y recibido el encargo de decir a Silas y a Timoteo que viniesen a él cuanto antes, se despidieron.

Mientras que Pablo los estaba aguardando en Atenas, se consumía interiormente su espíritu, considerando aquella ciudad entregada toda a la idolatría. Por tanto, disputaba en la sinagoga con los judíos, y prosélitos, y todos los días en la plaza con los que allí se le ponían delante.



Atenas

También algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos armaban con él disputas; y unos decían: ¿Qué quiere decir este charlatán? Y otros: Este parece que viene a anunciarnos nuevos dioses: porque les hablaba de Jesús y de la resurrección.

Al fin, cogiéndole *en medio*, le llevaron al areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué doctrina nueva es ésta que predicas? Porque te hemos oído decir cosas que nunca habíamos oído: y así deseamos saber a qué se reduce eso. Es de advertir que todos los atenienses, y los forasteros que allí vivían, en ninguna otra cosa se ocupaban, sino en decir o en oír algo de nuevo.

Puesto, pues, Pablo en medio del areópago, dijo: Ciudadanos atenienses, echo de ver que sois casi nímicos en todas las cosas de religión. Porque al pasar, mirando yo las estatuas de vuestros dioses, he encontrado también un altar con esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Pues ese Dios que vosotros adoráis sin conocerle es el que yo vengo a anunciaros. El Dios que creó al mundo, y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres, ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviere menesteroso de alguna cosa, antes bien El mismo está dando a todos la vida, y el aliento, y todas las cosas: El es el que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habitase la vasta extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos y los límites de la habitación de cada pueblo, queriendo

con esto que buscasen a Dios, por si rastreando, y como palpando, pudiesen por fortuna hallarle, como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque dentro de El vivimos, nos movemos, y existimos: y como algunos de vuestros poetas dijeron: Somos del linaje del mismo Dios. Siendo, pues, nosotros del linaje de Dios, no debemos imaginar que el Ser divino sea semejante al oro, a la plata o al mármol, de cuya materia ha hecho las figuras el arte o industria humana. Pero Dios, habiendo disimulado o *cerrado los ojos* sobre los tiempos de esta ignorancia, intima ahora a los hombres que todos en todas partes hagan penitencia, por cuanto tiene determinado el día en que ha de juzgar al mundo con rectitud, por medio de aquel varón constituido por El, dando de esto a todos una prueba cierta, con haberle resucitado de entre los muertos.

Al oír mentar la resurrección de los muertos, algunos se burlaron de él, y otros le dijeron: Te volveremos a oír otra vez sobre esto. De esta suerte, Pablo salió de en medio de aquellas gentes. Sin embargo, algunos se le juntaron, y creyeron, entre los cuales fué uno Dionisio el areopagita, y cierta mujer llamada Damaris, con algunos otros.

## El Motín de Efeso

Durante este tiempo fué cuando acaeció un no pequeño alboroto con ocasión del camino del Señor o *del Evangelio*. El caso fué, que cierto Demetrio, platero de oficio, fabricando de plata templitos de Diana, daba no poco que ganar a los demás de este oficio: a los cuales, como a otros que vivían de semejantes labores, habiéndolos convocado, les dijo: Amigos, bien sabéis que nuestra ganancia depende de esta industria: y veis también, y oís cómo ese Pablo, no sólo en Efeso, sino en casi todo el Asia, con sus persuasiones ha hecho mudar de *creencia* a mucha gente, diciendo: Qué no son dioses, los que se hacen con las manos. Por donde, no sólo esta profesión nuestra correrá peligro de ser desacreditada, sino, *lo que es más*, el templo de la Gran Diana perderá toda su estimación, y la majestad de aquella a quien toda el Asia y el mundo entero adora, caerá por tierra.

Oído esto, se enfurecieron y exclamaron, diciendo: *Viva* la gran Diana de los efesios. Llenóse luego la ciudad de confusión, y corrieron todos impetuosamente al teatro, arrebatando consigo a Gayo y a Aristarco, macedonios, compañeros de Pablo. Quería éste salir a presentarse en medio del pueblo, mas los discípulos no se lo permitieron. Algunos también de los principales del Asia, que eran amigos suyos, enviaron a rogarle que no compareciese en el teatro: por lo demás, unos gritaban una cosa, y otros otra: porque todo el concurso era un tumulto: y la mayor parte de ellos no sabían a qué se habían juntado. Entre tanto, un tal Alejandro, habiendo podido salir de entre el tropel, ayudado de los judíos, pidiendo con la mano que tuviesen silencio, quería informar al pueblo. Mas luego que conocieron ser judíos, todos a una voz se pusieron a gritar por espacio de casi dos horas: *Viva* la gran Diana de los efesios.

Al fin el secretario o *síndico*, habiendo sosegado al tumulto, les dijo: Varones efesinos, ¿quién hay entre los hombres que ignore que la ciudad de Efeso está dedicada al culto de la gran Diana, hija de Júpiter? Siendo, pues, eso tan cierto que nadie lo puede contradecir, es preciso que os soseguéis, y no procedáis inconsideradamente. Estos hombres que habéis traído aquí, ni son sacrílegos, ni blasfemadores de vuestra diosa. Mas si Demetrio, y los artífices que le acompañan, tienen queja contra alguno, audiencia pública hay, y procónsules; acúsenle y demanden contra él. Y si tenéis alguna otra pretensión, podrá ésta decidirse en legítimo ayuntamiento. De lo contrario, estamos

a riesgo de que se nos acuse de sediciosos por lo de este día: no pudiendo alegar ninguna causa para justificar esta reunión. Dicho esto, hizo retirar a todo el concurso.»

## A Jerusalén y a Roma

Después del motín de Efeso referido, un impulso sobrenatural lleva a Pablo a Jerusalén. El lo presiente y lo declara:

«Y ahora, dice (Act. XX 22 s.), encadenado por el Espíritu voy a Jerusalén sin saber lo que allí me sucederá, sino que en todas las ciudades el Espíritu Santo me advierte diciendo que me esperan cadenas y tribulaciones; pero yo no tengo ninguna estima de mí vida con tal de poner fin a mi carrera y al ministerio que recibí del Señor Jesús de anunciar el evangelio de la gloria de Dios...»

En viaje ya a la capital judía pasa por Cesárea, en donde recibe el más tremendo presagio:

«Había allí, refieren los *Hechos* (XXI, 10 s.), un profeta llamado Agabo, el cual llegando a nosotros tomó el cinto de Pablo y atándose los pies y las manos con él exclamó: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón cuyo es este cinto y lo entregarán al poder de los gentiles. Cuando vimos esto, tanto nosotros como los del lugar, le instamos a que no subiese a Jerusalén. Pablo entonces respondió: ¿qué hacéis con llorar y quebrantar mi corazón? Pues pronto estoy, no sólo a ser atado sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.»

En Jerusalén es acusado por los judíos que piden su muerte... Apela al César y es conducido a Roma, a la que llega tras una penosísima navegación en la que padece naufragio cerca de Malta. En la capital del imperio permanece dos años enteros, pero con prisión atenuada y suave y viviendo en una casa de alquiler.

Ni aun aquí se olvidó de su proselitismo apostólico: recibía a todos los que venían a él:

«predicando el reino de Dios y enseñando con toda libertad y sin obstáculo lo tocante al Señor Jesucristo» (Act. XXVIII).

Es absuelto de las acusaciones formuladas contra él y de nuevo peregrina por el mundo el heraldo de Cristo. Va al Oriente, parte a España y vuelve, por segunda vez, a Roma para ya no salir más de ella.

## El martirio

Había llegado definitivamente la hora de Dios y el cumplimiento también de su anhelo de ser desatado del cuerpo para estar con Cristo.



San Pablo al ser degollado

*(Por Villalvilla)*



Es acusado de nuevo y metido en la cárcel.

El Santo presiente que ya no hay para él esperanza humana. Desde su última prisión escribe con el pesimismo del condenado a muerte, pero lleno de entereza, a su gran discípulo Timoteo (II Tim. IV, 8).

«En cuanto a mí a punto estoy de ser derramado en libación, pues es inminente el tiempo de mi partida...»

«He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Ya me está preparada la corona de la justicia que me otorgará aquel día el Señor, Justo Juez, y no sólo a mí sino a todos los que aman su venida.»

Era el canto de victoria, el inmortal epinicio que entonaba el gran atleta próximo al galardón. En verdad que tenía motivos para llenarse de alborozo y esperar en Cristo.

Había recibido cinco talentos de Dios y había negociado magníficamente con ellos. Todos sus egregias facultades, sus energías todas, las había empleado en el evangelio. Ni un momento siquiera había pensado en sí ni propuéstose su provecho: sólo Cristo, la Iglesia, la salvación de las almas, la conversión del mundo...

El Santo pide a Timoteo que vaya a visitarle y a estar con él. No tenía más que al fiel Lucas, el médico carísimo.

Como ciudadano romano no podía morir crucificado como Pedro, sino al filo de la espada. Esta se estaba afilando apresuradamente.

Una antigua tradición nos señala el lugar: un valle desierto a tres millas de los muros de Roma y no lejos de la Vía Ostiense... Los preparativos fueron rápidos. Le velan los ojos y es atado a un poste; después, a una señal del Centurión del piquete encargado de llevarle al suplicio, se acerca impasiblemente el verdugo y de un tajo le corta la cabeza...

A los ojos de la Roma profana el caso no tenía importancia. Era la simple ejecución de uno de tantos condenados a muerte. Para el mundo nuevo que alboreaba, para la humanidad y para Dios la tenía mucha. Acababa de morir, dando su sangre por Cristo y como prueba de la divinidad de su religión, uno de los hombres más grandes, trascendentes y geniales de la Historia.

### XIII

## LOS APOSTOLES Y SU OBRA (IV)

**El amado discípulo. — Su llamamiento al apostolado. — Fiel hasta la muerte. — Mártir, evangelista y profeta.**

La vocación de San Juan al seguimiento de Cristo va entrelazada con la de Pedro y Andrés y la de Santiago su hermano.

«Caminando, Jesús junto al mar de Galilea vió a dos hermanos, Simón que se llama Pedro y Andrés, los cuales estaban echando la red, pues eran pescadores, y les dijo: "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres". Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron... Y pasando más adelante, vió a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y Juan que componían sus redes en la barca, con Zebedeo, su padre y los llamó. Ellos, dejando luego la barca y a su padre, se fueron con él» (Mt. IV, 15 s.).

El evangelista Juan fué, por tanto, uno de los primeros venturosos discípulos reclutados por el Salvador.

Ya desde el principio quedó incondicionalmente unido a él, con cariño y amor filial y especialísimo. El Maestro, por su parte, correspondió con otro recíproco que mostró también en muchas ocasiones. El Apóstol, consciente de ello, llegó a llamarse a sí mismo, no sin fruición y orgullo, «el discípulo amado de Jesús», «a quien amaba Jesús».

### Especiales distinciones

Juan perteneció a la terna de los predilectos del Salvador y, como tal, fué testigo de su transfiguración y de su agonía en la noche triste del huerto de los olivos, pero, además recibió otras delicadezas suyas. En la noche de la última Cena estaba recostado a la mesa junto a él y tenía reclinada su cabeza sobre el pecho del mismo. El hecho era índice de su confianza y filial amor a Cristo.

Consternados los Apóstoles por la tremenda noticia que aca-

baba de darles el Salvador de que uno de ellos le entregaría, Pedro hizo una señal al discípulo amado para que le preguntase quién era el traidor. Jesús se lo manifestó, aunque en voz baja: «Es aquel a quien yo diere un bocado de pan», y dicho esto mojó el pan en la salsa y lo entregó a Judas.

La segunda distinción de Jesús fué más fina todavía. Junto a la cruz estaba su madre anegada en un mar de lágrimas y anudada la voz a la garganta. Jesús iba a morir y tenía que hacer testamento. ¿Testamento? ¿De qué? Ya no poseía nada. Incluso de sus vestidos le habían despojado...

Pero sí, le quedaba algo: le quedaba la madre dolorida. Ella no tenía otro hijo que pudiera atenderla y Cristo quiso prepararle el porvenir.

«Y volviéndose Jesús a María le dijo:

“Mujer, he ahí a tu hijo” señalándole a S. Juan. Luego al discípulo: “He ahí a tu madre”. Y añade el apóstol en su Evangelio: “Y desde aquel momento la recibió en su casa”.

## En Efeso

Después de Pentecostés Juan fué uno de los Apóstoles más activos. Intervino junto a Pedro en la curación del paralítico de la Puerta Especiosa y compareció con el mismo ante el Sanedrín y fué azotado como él.

No sabemos la fecha de la muerte de la Madre de Jesús: unos piensan que acaeció en Jerusalén, otros en Efeso. Lo cierto es que Juan no se apartó de María mientras le duró la vida...

A fines del primer siglo le vemos en la precitada ciudad. Han muerto ya, derramando su sangre por Cristo, todos los demás Apóstoles y queda sólo él como único testigo ocular del Salvador, que escuchara sus palabras de vida y recibiera de cerca sus divinas inspiraciones.

Es el mayor representante de la Iglesia, dominando con el poder de su palabra y el prestigio de su autoridad... Desde Efeso rige las Iglesias del Asia y vela por las buenas costumbres y la santidad cristiana de los fieles, lo mismo que por la conservación de la fe contra los herejes insurgentes.

## Patmos

Ni la muerte ni la saña implacable del tirano se había cernido sobre él. Llegó a una edad más que centenaria. En algunos se renovó quizás la idea que, en otro tiempo intrigara a los

Apóstoles, de que no moriría antes de la venida del Señor. Pero no fué así; llegó también para él la hora de la prueba.

De parte del Emperador Domiciano se le comunicó la obligación de sacrificar a los dioses del Imperio. Juan se negó a hacerlo y por ello fué conducido a Roma y metido, según la tradición, en una caldera de aceite hirviendo, de la que salió ileso.

Desterrado a la isla rocosa y solitaria de Patmos, pasó allí varios años entregado a la meditación y al amor a Jesucristo. En ellos escribió el misterioso libro de sus revelaciones, el «divino Apocalipsis». Al fin de su vida volvió a Efeso, en donde compuso su Evangelio y en donde murió.

A estos últimos años se refiere la tradición de que se hace eco la Iglesia en su liturgia. Siendo ya muy anciano, repetía incesantemente a sus discípulos que le veneraban: «Hijitos míos, amaos los unos a los otros.» Maravillados de tanta insistencia le dijeron ellos un día: «Maestro, ¿por qué nos dices siempre lo mismo?» El respondió esta sentencia digna de Juan, como dice San Agustín: «Porque éste es el mandamiento del Señor.»

### **Evangelista y Profeta**

Ambos títulos merece con toda justicia, además del de mártir: El primero por su Evangelio, y el segundo por el Apocalipsis.

*El Evangelio.* Es indiscutiblemente el más elevado y sublime de los cuatro. Hoy se pone en el cuarto lugar porque fué el último en aparecer, pero en algún tiempo se colocó el primero, debido a la dignidad del autor y a la alteza de su contenido.

Fué redactado en griego y en Efeso, como queda indicado, en los años últimos del primer siglo de nuestra era. Es más cronológico que los otros evangelios, pero menos completo, pues casi se limita a la actuación de Jesús en Judea y con preferencia a las discusiones y discursos con los del Sanedrín.

Fué escrito particularmente contra los errores heréticos que ya entonces empezaron a pulular y particularmente contra los gnósticos y ebionitas. Su propósito, la demostración de la divinidad de Cristo como él mismo lo indica en el capítulo veinte:

«Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios y para que creyendo tengáis vida en su nombre.»

En el prólogo, lleno de majestad sublime, expone la eterna, preexistencia del Verbo en el seno del Padre.



«En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él y sin él no se ha hecho nada de cuanto ha sido hecho. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres...»

Luego el misterio de la Encarnación; la unión de la divinidad y de la humanidad en Jesús.

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.»

Conforme al fin propuesto, escoge preferentemente de entre las obras maravillosas y enseñanzas del gran Profeta y taumaturgo, lo que más hace a su propósito.

Es un Evangelio apologético.

Cristo es el Hijo de Dios, pero con esta afirmación no significa él meramente que es el Mesías, Hijo por adopción del Altísimo; sino Hijo verdadero, consubstancial con el Padre, engendrado por él eternamente.

«Tanto amó Dios al mundo, dijo Jesús a Nicodemos en su visita nocturna, que le entregó a su Unigénito Hijo para que todo el que cree en él no perezca sino que tenga la vida eterna» (III, 16 s.).

En la discusión con los judíos sobre el sábado les dice a su vez:

«Mi Padre sigue obrando todavía y por eso obro yo también. Por eso los judíos buscaban con más ahínco matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado sino que llamaba a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios» (V, 18 y 19).

La curación del ciego de nacimiento es otra prueba para Juan de la divinidad de Jesús. En ella se da abiertamente a sí mismo Cristo, los nombres de luz del mundo, como en otros sitios, «el camino, y la verdad»; al fin del episodio se encuentra con el ciego y le dice:

«¿Crees tú en el hijo de Dios? ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Y Jesús le dijo: Le estás viendo y es el que habla contigo. Creo, Señor, y se postró ante él para adorarle» (IX).

En la resurrección de Lázaro dice de sí que es la resurrección y la vida y en la oración sacerdotal al Padre hace mención expresamente de su preexistencia y eternidad.

«Y ahora, oh Padre, glorifícame cerca de ti mismo, con la gloria que tuve cerca de ti antes de que existiera el mundo» (XVII, 5 s.).

## Profeta

Dijimos que San Juan merece este título por el Apocalipsis.

Así es, en efecto. Todo él es una profecía, una revelación, como lo indica el nombre.

Lo escribió en Patmos, pequeña isla de las Cícladas, en donde había sido confinado.

Es el último libro canónico de la Biblia, pero de autenticidad fuera de todo litigio.

El estilo exuberante y lleno de grandiosa solemnidad. Dice en el encabezamiento:

«Juan a las siete Iglesias que hay en el Asia: con vosotros sean la gracia y la paz de parte del que es, del que era y del que viene, y de los siete espíritus que están delante de su trono y de Jesucristo el testigo veraz, el primogénito de los Maestros, el príncipe de los reyes de la tierra.

El que nos ama y nos ha absuelto de nuestros pecados por la virtud de su sangre y nos ha hecho reino y sacerdotes de Dios su Padre. a él la gloria por los siglos de los siglos.»

Luego el objeto y el motivo del escrito:

«Yo Juan vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la paciencia, en Jesús, hallándome en la isla llamada Patmos por la palabra de Dios y por el testimonio de Jesús, fui arrebatado en espíritu el día del Señor, y oí tras de mí una voz fuerte como de trompeta que decía: Lo que vieres escríbelo en un libro y envíalo a las siete Iglesias, a Efeso, a Esmirna, a Teatira, a Sardes, a Filadelfia, y a Laodicea...»

A cada una le expone a continuación por separado las comunicaciones recibidas de parte de Dios.

A la de Efeso, la más antigua y como la madre de las otras, la alaba y exhorta a ser fiel y a combatir la herejía nicolaíta:

«Conozco tus obras, tus trabajos, tu paciencia... pero tengo contra ti una cosa y es que dejaste la primera caridad. Considera, pues, de dónde has caído y arrepiéntete y practica las obras de antes, de lo contrario vendré a ti y removeré de su lugar tu candelabro, si no te arrepientes.»

A la Iglesia de *Esmirna* le predice una próxima tribulación, pero la anima:

«No temas por lo que tienes que padecer... Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida.»

A *Pérgamo* y a *Tiatira*, les reprende y amenaza por su descuido en reprimir la idolatría y a los herejes. A la de *Sardes* le da el tremendo reproche de tener el nombre de viva estando muerta. Para la de *Filadelfia* tiene palabras de aliento y de recompensa; a la de *Laodicea*, en cambio, la echa en cara su tibieza:

«Conozco tus obras y no eres ni fría ni caliente, mas porque eres tibia..., estoy para vomitarte de mi boca...»

Lo restante y lo más del libro es una visión o profecía del porvenir del mundo y de la Iglesia hasta el juicio final. El vidente asiste a la lucha del mal contra los que permanecen fieles a Jesucristo, la lucha entre el cielo y el infierno que terminará con el triunfo de la Iglesia.

### Enseñanzas doctrinales

El Apocalipsis encierra indudablemente páginas oscuras e ininteligibles a la humana capacidad y hasta ahora nadie ha podido dilucidarlo plenamente. En cambio, en el orden doctrinal brillan en él esplendorosas enseñanzas.

Podemos decir que se encuentra en él una brillante teología cristiana.

Dios aparece descrito con todas sus deslumbrantes perfecciones: «Es el anciano de días, el eterno, el alfa y la omega, el que es, el que era y el que ha de venir: El Hacedor de todo lo criado.»

Sus juicios son perfectos e inescrutables; reinará por siempre y juzgará a los príncipes del mundo. Se asienta en el cielo como rey en su trono y recibe los homenajes de todas las criaturas, debidos a su santidad y omnipotencia. Al fin de los tiempos juzgará al linaje humano y nada puede suceder sin su voluntad soberana.

Cristo y su Iglesia tienen, como se deja entender, especialísima importancia.

El mismo Jesús es el que se muestra a Juan: le revela el porvenir, mostrándose como Dios y como hombre. Es el Mesías prometido que tiene las llaves de la muerte y del infierno; el Príncipe de los reyes de la tierra, igual a Dios porque es Dios él mismo. Es el Cordero de Dios sacrificado por el mundo; el que lavó nuestros pecados con su sangre; el que venció a Satanás y recompensa a los que han vencido con él y como él.

Fundó su Iglesia para aplicar los frutos de la redención a los hombres. La base fundamental de la misma son los doce Apóstoles y reemplaza a la antigua Jerusalén.

Los judíos que no se encuentran en su seno pertenecen a la Sinagoga de Satán. Representa al verdadero Israel con sus doce tribus y a la humanidad entera por la multitud de naciones y de razas que entran en ella.

## LOS APOSTOLES Y SU OBRA (V)

**Santiago el mayor. — Los hijos del Zebedeo. — Decapitado por Cristo. — Sus restos y Santiago de Compostela.**

Santiago fué hermano de Juan y ambos hijos del Zebedeo y de Salomé.

Eran, a lo que parece, de posición acomodada dentro del oficio de pescadores, pues su padre era dueño de la barca y tenía a su servicio jornaleros.

Antes de allegarse a Jesús había sido también, juntamente con Juan, discípulo del Bautista.

Como rasgo distintivo de ambos hermanos y en especial de Santiago, tenemos el sobrenombre que les dió el Salvador. Un día, al pasar por Samaria, vieron que los naturales no quisieron recibir al Maestro. Su amor a Cristo y el alto concepto en que le tenían hizo que llevaran con indignación el desacato y llenos de ira dijeron a Jesús: «¿Señor, quieres que pidamos que baje fuego del cielo y los consuma?»

El Maestro, más ecuánime y comprensivo que ellos, les respondió:

«No sabéis de qué espíritu sois» (Lc. IX, 54).

Quizás por esta impetuosidad, tan espontánea como irreflexiva, los llamó el Salvador «Boanerges», esto es, hijos del trueno o rayos (Mc. II, 17).

Otro episodio también característico relata el Evangelio.

Salomé, satisfecha del amor a toda prueba que sus hijos mostraban al Gran Profeta y del celo que por su causa desplegaban, creyó que por ello merecerían ambos una recompensa y con ímpetu también espontáneo, pero atrevido, se acercó decidida a Jesús, a quien tenía por Mesías, y cuya entronización como Rey de Israel aguardaba, y le pidió, no sin protesta de los demás discípulos, que cuando llegara el gran momento se acordara de ellos y les diera los primeros puestos de su reino;



o, dicho más popularmente: que «se sentaran uno a la derecha y otro a la izquierda» del Salvador.

A esta petición, excusable en el egoísmo de una madre, contestó Jesús. «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que he de beber yo?» «Sí podemos», respondieron ellos. «Pues



El Duque de Gandía (S. Francisco de Borja) de Caballero de Santiago

bien; mi cáliz lo beberéis, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío dároslo a vosotros, sino de mi Padre que está en los cielos.»

Después de la resurrección de Jesucristo parece que el nombre de Santiago se esfuma, en los relatos evangélicos y de los *Hechos*. No aparece más que en el capítulo XII de estos últimos, en su martirio, como ya queda anotado anteriormente.

Fué el primero de los Apóstoles que dió su sangre por Cristo hacia el año 42 ó 44. Su verdugo, queda dicho también que fué Herodes Agripa y la espada el instrumento de su martirio.

Entre la Ascensión del Señor y la muerte del Apóstol habían transcurrido unos diez años que él empleó en predicar y dilatar la fe con el espíritu y ardor que le caracterizaba. Su celo lo desplegó, según parece, en Palestina, pero ¿se ciñó exclusivamente a esta región o se extendió también a otros países? He aquí la pregunta a que puede responder adecuadamente quizás...

### La tradición española

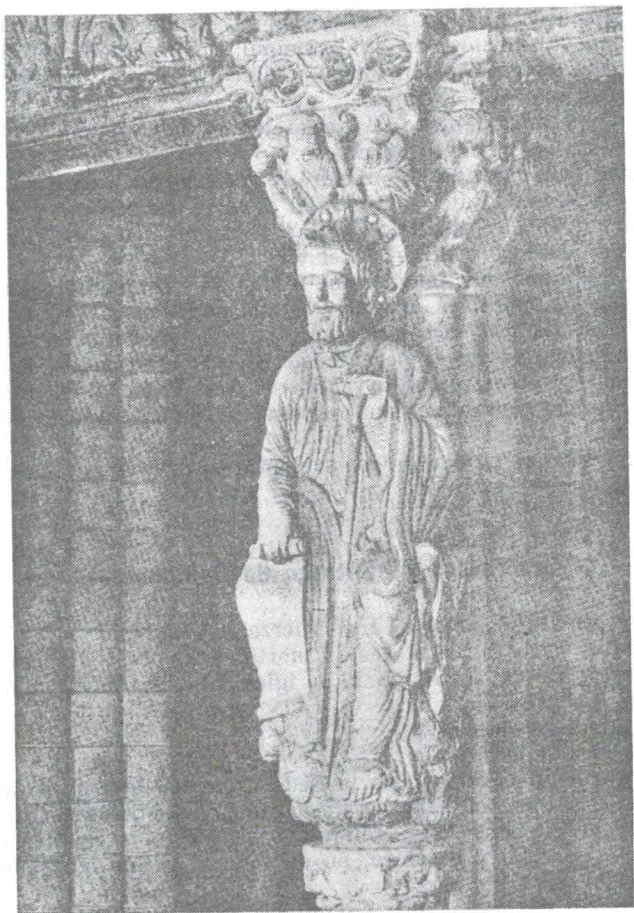
Esta, arraigadísima y entrañable en toda la nación, asegura que Santiago vino a predicar a España el Evangelio y que lo efectuó con todo el celo e ilusión del Apóstol, pero con escásimo fruto. Prosigue la tradición que estando a orillas del Ebro en Zaragoza orando, apenado y abatido por el fracaso, recibió la visita de la Virgen María, que aún vivía en carne mortal. La Madre de Jesús consoló y animó al Apóstol y le indicó que levantara allí un templo en el cual sería honrada muy especialmente por los fieles hasta el fin de los siglos. Vuelto a Jerusalén recibió poco después el martirio, pero sus restos fueron trasladados a España por ministerio de sus discípulos.

No es este el sitio de entrar en discusión sobre una materia tan debatida y remitimos al lector a la *Historia Eclesiástica de España*, del Padre Zacarías García Villada, en donde se estudia la cuestión con toda competencia y rigor histórico.

Observemos tan sólo dos hechos innegables y que están por encima de toda crítica.

El primero es que la personalidad del Apóstol está íntimamente unida a la formación y desarrollo de la nacionalidad e historia de España. Santiago ha dado el nombre a una hermosa ciudad en la Península y a otras en Hispano-América: Santiago de Chile, Santiago de Cuba, Santiago del Estero... Su sepulcro fué, a través de la Edad Media, un foco excepcional de atracción de peregrinos nacionales y extranjeros, en parte subsistente todavía. A través del camino de Santiago conservó España, durante todo el largo período de la Edad Media, su comunicación y contacto con los pueblos de allende el Pirineo.

Santiago, en fin, se presenta ante los ojos de todo español, como el defensor de su religión y de su suelo; el Caudillo de sus ejércitos en los siglos de incesante lucha con el Islam y su «santo y seña» en las batallas: «Santiago y cierra España».



El apóstol Santiago en la columna del Parteluz de la Catedral de Compostela

¿A qué se debe este hecho plenamente histórico y cómo explicarlo? Parece que una influencia tan notoria y constante debe enraizar en algo positivo. Si se admite la verdad de la tradición, al menos, en lo principal, la realidad del hecho, todo tiene su explicación obvia y lógica y, por el contrario, si se la descarta por completo.

El gran argumento de la negación es la carencia de documentos en los primeros siglos.

Así es en verdad; el primero y más antiguo que sobre el asunto poseemos data tan sólo del siglo IV, de Dídimo el Ciego, nacido en 310; el segundo de San Jerónimo, en el V; después el de San Isidoro y otros, en el VII.

No negamos que tenga aquí fuerza el argumento negativo, pero son tan notables, a veces, lo que podríamos llamar caprichos de la historia en ese respecto, que podemos muy bien decir que la dificultad no es perentoria. El mismo silencio observan Prudencio y otros sobre la venida de San Pablo a España que podría ponerse también en pleito si el mismo Apóstol no lo indicara.

Son extrañas para nosotros semejantes raras anomalías, pero ahí están bien patentes.

### **Los restos y Santiago de Compostela**

El segundo hecho es de más fuerza y positivo.

Parece cierto que los restos mortales del hijo del Zebedeo descansan en su sepulcro en la iglesia de Santiago de Compostela.

He aquí los datos.

Era el año 1883.

El Cardenal arzobispo de la Sede Compostelana quiso saber de cierto lo que podía haber de verdad en la tradición unánime de la existencia de las reliquias del Apóstol y sus dos compañeros Atanasio y Teodoro, en su famoso y tan venerado sepulcro del gran templo.

Al efecto designó a dos canónigos de la Basílica para que estuvieran al frente de las excavaciones e hicieran de ellas una relación exacta.

Como peritos arqueólogos fueron nombrados D. Aurelio Fernández Guerra y el P. Fidel Fita, S. I., ambos de la Real Academia de la Historia, y para el análisis de las reliquias, los Profesores de Medicina, D. Antonio Casares, D. Francisco Freire y D. Timoteo Sánchez Freire.



Después de varios meses de trabajos subterráneos llevados a cabo en el Presbiterio y ábside de la Basílica, se encontró debajo del altar mayor una cripta rectangular en que aparecían dos compartimientos.

En uno de ellos estaba la *cella* donde debió ser sepultado el Apóstol, y en el otro los sepulcros de sus discípulos.

Examinada por los peritos la contextura de la fábrica dedujeron que el monumento era indudablemente de la época romana...

Los indicios favorables no podían ser mejores. Pero vino el desengaño. Al abrir la *urna* vieron que se hallaba desprovista de restos humanos... Allí no estaba depositado el cuerpo del Santo Apóstol como decía la tradición.

No estaba todo perdido, sin embargo.

Paralela a la tradición escrita ya mencionada existía otra oral, la cual afirmaba que las sagradas reliquias del Apóstol y sus discípulos habían sido ocultadas en el ábside detrás del altar mayor por el Arzobispo Sanclemente, en el año 1579, para librarla de una posible profanación de las tropas inglesas.

En vista de tales datos se procedió a romper el pavimento en el sitio preciso en donde estaba la estrella de mosaico...: al poco tiempo se halló una cavidad con la urna...

Se estaba en presencia de lo buscado.

Procediendo al examen del interior de la urna, se hallaron, en efecto, unos huesos que fueron analizados detenidamente por los tres profesores nombrados de medicina, los cuales juzgaron, después de prolijo estudio, que los restos pertenecían a tres individuos, del sexo masculino, y de tal antigüedad que nada impedía hacerlos remontar al primer siglo del Cristianismo, no siendo, por tanto temerario la creencia de que pudieran pertenecer a los cuerpos del Santo Apóstol y a sus discípulos.

En vista de ello el Cardenal dió un decreto declarando la autenticidad de las reliquias del Santo en su sepulcro secular compostelano. Deseoso, no obstante, de que su declaración oituviera una mayor autoridad, elevó el proceso al Papa León XIII para que lo examinara y pronunciara la sentencia definitiva. Su Santidad nombró una Comisión de cardenales y prelados presididos por el Cardenal Bartolini, Prefecto de la Congregación de Ritos. Estos, estudiado escrupulosamente todo el proceso, juzgaron, el 29 de marzo del año siguiente, que había en él varias dificultades que debían solventarse. Comisionaron a Monseñor Agustín Caprara, Promotor de la Fe, para que pasara por Pistoya y examinara la reliquia de Santiago allí existente, para ir después, continuando el viaje, a Compostela.



BULARIO DE LA ORDEN DE SANTIAGO